

diéndonos de vez en cuando en estos idiomas, sin ser comprendidos por el auditorio, con excepción tal vez del caballero de la barba, que seguía fingiéndose dormido.

—¡Qué felicidad! la dije, de haberme encontrado con usted, señorita.

—¡Por qué, señor? repuso aparentando no comprenderme.

—Porque es usted adorable.

—Usted es muy amable, contestó ruborizándose.

—Soy sincero.

—Verdaderamente, agregó; me parece usted franco y natural.

Por éste tenor eran á cada paso nuestros diálogos. Cuando callábamos, seguían hablando nuestros ojos. ¡Qué miradas, lector, y qué sonrisas! Todos me veían con envidia, en tanto que ella no hacía aprecio de nadie mas que de mí. Tácitamente convenimos en ser compañeros inseparables. En las postas, dábale la mano para ayudarla á bajar del carruaje, y se tomaba de mi brazo para andar un poco á pie, y estirar las piernas. A la hora del almuerzo nos sentamos juntos á la mesa; le serví los platos y me distinguió con exquisitas atenciones. Me

sentía radiante de alegría, de felicidad y de orgullo. Lo mismo te habría pasado á tí, querido lector, si te hubiera tocado, como á mí, aquel premio gordo de la lotería.

III

Aun no terminaba la comida, cuando se presentó el *sota* gritando:

—¡Vámonos, señores!

A regañadientes y protestando contra tan dura tiranía, nos levantamos para volver á nuestros incómodos asientos. La reciente comida y el calor del medio día habían tornado más gruesos los cuerpos, aumentando el malestar general. No obstante, apenas comenzó la marcha, se notó que reinaba buen humor entre los pasajeros, porque todos, sin exceptuar al mismo sacerdote, se mostraron locuaces; tan cierto es así que la alimentación regocija hasta los corazones más tímicos.

Elisa misma parecía más expansiva, y aun tuvo un rato de afable conversación con el caballero de la barba, lo que me hizo ponerme hosco y taciturno, pues á fuer de moro,

soy casi tan celoso como Oteló. Ella lo notó y me dijo sonriendo:

—¿Se siente usted mal?

—No, le contesté lacónicamente.

—Entonces, ¿por qué está ud. tan callado?

—Oía la conversación.

—No vaya usted á dormirse—prosiguió con risa graciosa—sería imperdonable.

Me dijo lo demás con los ojos, haciéndome estremecer de emoción con la corriente magnética de su mirada. Con esto se desvaneció la nubecilla que había nublado un punto mi cielo, y continuó sin interrupción nuestro sabroso tiroteo de miradas, sonrisas y frases melosas. Elisa no habló ya con el de la barba, y procuraba cuidadosamente no verle, sin duda para tenerme contento; lo que me puso, en efecto, en el colmo de la beatitud, porque me hacía triunfar dos veces: en mi inclinación y en mi amor propio.

De pronto se oyó pronunciar al caballero gordo esta frase fatídica:

--Aquí roban.

Hubo un momento de silencio.

—Si—prosiguió—este punto es famoso por su inseguridad. Es muy á propósito para emboscadas.

Cruzábamos á la sazón angosta cañada, costéada por tupidos matorrales que interceptaban la vista á los dos lados de la carretera.

—Al través de esa hojarasca—continuó—los ladrones ven á los pasajeros sin ser vistos, y los atacan en el momento que les parece oportuno. Algunas veces se anuncian haciendo fuego con los rifles.

—¿Aun cuando no se les haga resistencia?—preguntó Elisa con sobresalto.

—Sí, señorita—contestó—antes de saber si se les hará ó no resistencia. Hace cuatro días precisamente, venía yo para Querétaro, cuando de repente me despertó de la siesta que dormía, el ruido de los balazos. Eran los ladrones. Aquí pueden ver ustedes los agujeros de las balas.

En efecto, nos mostró dos en los barrotes del coche, cuya vista nos hizo á todos muy mala impresión. Recibir una bala traidora salida de aquellos matorrales, no era una perspectiva propia para regocijarnos.

—Por fortuna á nadie le hicieron daño—continuó el mismo caballero.

--Y ¿fué robada la diligencia?

—No, señor; á mí no me han robado nunca. Antes me dejaría matar que consentirlo.

Eramos tres los pasajeros ; pero uno no quiso defenderse. El otro y yo hicimos parar la diligencia tan luego como sonaron los tiros, y echamos pie á tierra con los rifles en las manos. Dimos orden al cochero de que continuase la marcha, y custodiamos el carruaje hasta que salimos del punto peligroso, batiéndonos con los bandidos.

--¿Cuántos eran?--preguntó otro de los oyentes.

--Media docena : dos de á caballo y cuatro de á pie. Al llegar á un arroyo que está más abajo, nos acometieron con furia. Entonces mandamos parar el coche, y defendidos por las ruedas, hicimos una vigorosa resistencia. Tuve la fortuna de acertar un tiro en el pecho á uno de los ginetes ; esto nos salvó, porque al verle caer, huyeron los otros.

Desde aquel momento, mi voluminoso adlátere tomó para todos las proporciones de un héroe.

Comenzó luego el recuento de armas. Nadie las llevaba ; sólo el viejo militar tenía un revólver. Todos protestábamos que por olvido habíamos dejado en casa nuestros rifles ; la verdad era que nadie había salido con intención de pelear.

--No importa--dijo el héroe del reciente asalto --si salieran, no me dejaría robar, aunque me mataran.

--Pero ¿cómo se defendería usted? le pregunté.

--Con lo que pudiera, aun cuando fuese con piedras.

En aquel momento sonaron recios golpes en el techo de la diligencia, manera tradicional en los cocheros de anunciar la proximidad de los ladrones, y oímos una voz reatada que nos dijo desde el pescante :

--¡Prevénganse, señores, que *hay viene la pela!*

La sangre huyó instantáneamente de los rostros, desencajáronse las facciones y tornáronse trémulas las manos. Lúgubre silencio de expectación y ansiedad se hizo en la diligencia, y comenzó el sordo y apresurado trabajo de ocultación de dinero y objetos pequeños, acostumbrado en tales casos. Hiciéronse agujeros en el cielo del coche, y por allí se introdujeron relojes y bolsitas. Algunos pasajeros deslizaron anillos y monedas en el calzado ; otros en medio de su azoro, no hicieron mas que dejar caer en el piso del coche, aquello mismo que querían salvar.

Por mi parte, confieso que no sabía qué hacer, ni me daba cuenta de lo que hacía. Creo más bien que no hacía nada, pues recuerdo que en medio de mi aturdimiento, oí la voz de Elisa que me dijo:

—Deme usted el dinero para escapar.

Saqué rápidamente de los bolsillos cuantas monedas grandes llevaba, y se las dí á la joven, la cual se echó todo aquello en el seno, juntamente con sus anillos, portamoneda, pendientes y reloj, de todo lo cual se había despojado con tanta prontitud como presencia de ánimo.

No hubo tiempo para más. De los matarrales salieron como doce ginetes bien montados y armados, con los rifles en las manos; y corriendo hacia el cochero, le intimaron que detuviese la marcha. Paróse en efecto la diligencia, y acto continuo vimos aparecer por las ventanillas las bocas de los rifles, y oímos las voces amenazadoras de los bandidos.

—¡Las armas! ¡las armas!—decían unos.

—¡Cuidado con moverse, porque los *ajusilamos*!—decían otros.

—¡Pie á tierra!—vociferaban aquellos.

—Señores, no traemos armas—repuso el viejo militar con sangre fría.

—Entonces, pie á tierra, y al que se las encontremos le damos en la chapa del alma.

Bajamos del coche en medio de una granizada de insultos, interjecciones y palabras soeces. Los bandidos son brutales por cálculo; así logran intimidar á sus víctimas. Blasfeman y maldicen como unos condenados mientras dura la faena; sus denuestos son como el acompañamiento del despojo, y crispán los nervios de los que sufren sus demasías, más allá de toda ponderación.

Apenas había yo echado pie á tierra, cuando se me acercó un ladrón, que llevaba el caballo por brida.

—¡El reloj!—me dijo con voz de mando.

Hacía tanto tiempo que no me oía tratar con altanería, que me sentí sorprendido é indignado. Molesto por mi tardanza, echó mano á la leontina, y tirando con fuerza, me arrebató el reloj desgarrándome el chaleco. Sentí que me zumbaban las sienes y clavé una mirada furibunda en el rostro del malhechor, que era un mozo como de veinte años, moreno, de ojos verdes y nariz chata.

—¡Baje los ojos!—me gritó levantando el rifle.

Como no los bajé tan pronto como él hubie-

ra querido, me dirigió un golpe con el cañón del arma, que evité esquivando el cuerpo; pero levantó nuevamente el rifle para descargarme otro, y yo no sé qué hubiera sucedido, á no haberse interpuesto Elisa suplicante.

— Déjelo usted, señor— le dijo colocándose entre mí y el bandido.

— Voy á matar á este bellaco, contestó el malvado.

— No, señor, por el amor de Dios— prosiguió ella llorosa.

Por mi parte, no articulaba palabra. Era como espectador inerte de la escena.

—¿Qué es eso, con mil demonios?—gritó un ginete acercando el brioso caballo á nuestro grupo.

—Que Satanás... (señalándome) me está provocando con los ojos; parece que me quiere comer.

—No, señor—replicó Elisa—es que el señor está muy exaltado.

—Oyes vale, ¿y no es mas que eso?—preguntó el de á caballo.

—Pero me la ha de pagar!—dijo el bandido.

— Hombre, la cosa no es pa tanto; es menester que no seas tan escandaloso. ¡A ver

si te vas yendo pa allá!—y le señaló con la espada desnuda que llevaba en la mano, otro lado de la escena. El bandido se alejó profiriendo maldiciones; pero obedeció, porque aquel ginete era el capitán de la cuadrilla.

—No tenga vd. cuidado, chatita—continuó el capitán volviéndose á Elisa. Está usted muy asustada, tenga pa que se remoje la boca. Y le alargó una botella de aguardiente.

Hizo Elisa como que bebía y se la volvió luego; el capitán me la pasó, diciéndome con tono entre respetuoso y burlón.

—Tenga, amo, eche un trage.

La tomé, lo eché en efecto, y me sentí un tanto confortado.

Muy cerca de mí estaba un caballo sin ginete, perteneciente á uno de los bandidos. ¡ Con qué gusto lo hubiera montado, le hubiera hundido la espuela en los ijares y le hubiera soltado la rienda! Me acordé inconscientemente de aquellos hermosos versos de Espronceda, que me sonaban como música en aquella ocasión:

¡ Un caballo, un caballo, campo abierto,
y dejadme frenético correr!

De tan grata absorción vino á sacarme la voz del capitán.

— Amo — me dijo — ¿lo cree que me cuadra su sombrero?

— Aquí lo tiene usted — le dije con prisa, aprovechando aquella coyuntura para manifestarle mi gratitud.

Tan luego como lo hubo recibido agregó:

— Amo, pa usar esta gorra necesito ponerme catrín; ¡cómo no me regala su saco!

Díle también el saco; y en seguida me pidió dinero, y tomó por su propia mano la moneda menuda que había quedado en mis bolsillos. Receloso de que algo hubiera ocultado, hízome un registro en casi todo el cuerpo, y no me dejó de la mano hasta que se convenció de que no tenía nada conmigo.

Entretanto los demás bandidos, siempre insolentes, habían despojado de diferentes prendas de ropa á los otros pasajeros, y habían acabado por ordenarles se mantuviesen inmóviles y vueltos de espaldas en un recodo del camino, bajo la vigilancia de dos ginetes. Los otros, pie á tierra, rompieron las cadenas y lazos que aseguraban los equipajes á la zaga y techo de la diligencia, y de-

jaron caer por tierra con recio fracaso, las cajas, maletas y balijas que allí venían en apretada confusión.

Una vez en el suelo la carga, con la mayor barbarie, como si aquellos desalmados no perteneciesen á una sociedad civilizada, rompieron las maletas y cajones á culatazos, pedradas y sablazos, destruyendo muchos objetos sin necesidad, pues ni siquiera los dejaban útiles para ellos. Mantillas valiosas de mujer se enredaban al cuello en forma de bufanda; en los trajes de seda formaban líos de ropa, tirándolos por tierra; y cuando dos ó más á la vez querían un mismo objeto, le tomaban al propio tiempo, tiraban de él con violencia, y le desgarraban ó rompían. Hallaron por acaso algunas cajas de cerveza, y en un momento las acabaron, no tanto por lo que bebieron, cuanto por la que derramaron por tierra, pues abrían las botellas rompiéndoles el cuello á golpes, de manera que la mayor parte del líquido espumoso se vertía por el suelo. La escena parecía una reproducción en miniatura de las hazañas de los vándalos.

En esto, un suceso imprevisto vino á agravar la situación. El mozo chato y de ojos

verdes que tanto quehacer me había dado, pasó al otro grupo sembrando la consternación; era el más feroz de los bandidos. Por quitarme allá esas pajas, dió golpes con el cañón del rifle al valentísimo caballero gordo, quien cayó de rodillas con las manos enclavijadas, pidiendo gracia. El bandido le asestó un puntapié por toda respuesta en la mitad del pecho, derribándole sobre las espaldas y pasó adelante. El viejo militar había quedado intacto hasta entonces; serio y mudo, contemplaba los sucesos con mirada glacial. Cuando el de los ojos verdes se acercó á él, quedóse inmóvil viéndole de hito en hito. Echóle el ladrón mano á los bolsillos y sacó algún dinero y un reloj de níquel; en seguida pretendió hacerle un registro general en busca de otros objetos. Resistió el militar, insistió el bandido, y al fin logró cerciorarse de que el anciano conservaba la pistola.

— ¡A ver esa pistola! — gritó — viejo....

— ¡Eso nunca! — contestó el militar.

— ¡Cómo nunca! — repuso el ladrón dando un paso atrás y requiriendo el rifle con ambas manos.

— ¡Nunca! — gritó el viejo con iguales

apóstrofes; y sacando rápidamente el revólver, apuntó con él al bandido.

— ¡Qué es eso! — gritó el capitán espolcando el caballo y lanzándolo al galope al lugar de la escena.

Precipitadamente acudieron los ladrones requiriendo sus armas. Un momento más, y el viejo militar hubiera sido hecho pedazos por aquella turba de furiosos; mas se interpuso entre ellos y el valiente anciano, el sacerdote moreno.

— ¡Deténganse! ¡ Deténganse! — gritó con imperio, y se metió en medio del grupo.

— Padre, hágase á un lado — dijo un bandido — porque si no, le toca un plomazo.

— No — les dijo — hijos, no cometan un asesinato inútil.

— Es necesario matar á ese viejo....

— ¡Silencio! — dijo el capitán — padrecito ¿qué quiere su mercé?

— Que no le hagan daño á este señor ni á ningún pasajero; y por lo demás pueden quitarnos cuanto tenemos.

El capitán reflexionó un momento.

— Bueno — dijo — pero que ese malcriado entregue la pistola.

— Señor, dijo el sacerdote dirigiéndose al

militar, hágame el favor de entregar el arma.

Hoseo el anciano, nada repuso, pero se negó á obedecer.

— En nombre del cielo— prosiguió el presbítero— ; de lo contrario todos seremos víctimas.

El militar vaciló un momento, y articuló al fin con voz ronca :

— A usted, sí, padre.

Al oírle, se la quitó de la mano el sacerdote, y luego la entregó al capitán.

— Está bien— dijo éste— que nadie le haga nada á ese viejo ; pero una vez que estos (nosotros), no entienden de consideraciones, pela general con ellos, muchachos !

Nuestro espíritu se sosegó de pronto ; pero poco duró el regocijo.

Apenas dada la orden, los bandidos se precipitaron sobre nosotros, haciendo funciones de ayudas de cámara. Nos despojaron de nuestros vestidos, y nos dejaron en paños menores, salvándose solo de esta vejación el sacerdote y los niños.

Elisa entregó sin resistencia el chal, el cubrepolvo y el traje ; pero se resistió abiertamente á despojarse de las otras prendas

de ropa. Algunos bandidos pretendían quitarle el corsé ; pero se opuso de tal manera (tanto por decoro como por amor á sus alhajas), que hubo de oírle el capitán, que vino á impartirle auxilio.

— Hombres, les dijo, no sean tan groseros con las mujeres ; ¿ qué más queren que les dé esta chatita ?

Y la libertó así de mayores ultrajes.

Aunque turbado por los sucesos, no pude menos de contemplar con admiración la graciosa figura de Elisa. La blanca y corta enagua dejaba al descubiertos los tobillos hasta más arriba de las botinas ; el corsé listado de rojo, parecía hermoso corpiño hecho para lucimiento exterior ; la garganta y los brazos desnudos eran dignos de la estatuaría. Parecía poética pastoreilla de Versalles en tiempo de la Pompadour ; una deliciosa figura de Greuze ó de Wateau.

Concluido el despojo, no tuvieron ya que hacer los bandidos, sino formar grandes líos con nuestras cosas, amarrarlos á la grupa de los caballos, é internarse por lo más espeso de los matorrales.

— Ahora sí, amos, hasta la vista— dijo el

capitán quitándose el ancho sombrero, con tono zumbón; ustedes dispensen.

Y se fué en pos de sus compañeros.

Cuando quedamos libres de la cuadrilla, echamos tristes miradas á nuestros equipajes. No restaba de ellos más que un montón informe de tablas, telas y papeles rotos, entre los que apenas se encontraban uno ú otro objeto entero y servible.—Con apesadado silencio arrojamos aquellos harapos en la covacha y pescante del vehículo, á fin de examinarlos más despacio en la posada.

Hecho esto, nos arrojamos una mirada investigadora los unos á los otros, y nos habríamos, después de ella, internado de buena gana en los bosques, como Adán y Eva después de haber comido la manzana, á no inspirarnos horror la maleza. Pero, á falta de vegetales tan decorosos como la higuera, recurrimos al disperso archivo de las balijas, que, rotas por los bandidos, habían deramado por el suelo sus intestinos de cartas y periódicos. Escojimos los más grandes de éstos, y nos envolvimos en ellos lo más cuidadosamente que pudimos. Recuerdo que Elisa para ocultar su hermosa gar-

ganta, hizo un agujero en el centro de un número del *Monitor Republicano*, y pasando la hechicera cabeza por aquel conducto, se colocó el papel sobre el pecho y la espalda, como casulla de sacerdote.

Todos--con excepción de ella--estábamos altamente ridículos. Por amor propio no describo mi estampa; era muy triste, palabra de honor. El caballero gordo semejava un cupidillo en camiseta, calzones y calcetines; en realidad, era más gordo de lo que parecía. Tenía ondas y desbordamientos de carne en el busto y en el vientre, que nadie hubiera sospechado. En cambio, el militar, adolecía de una flacura digna de Tanner al 40º día de ayuno. Era solo piel y huesos, como el rocín de D. Quijote. El caballero de la barba, con la idem partida á la Maximiliano, peinado á la Capoul, en calzones interiores, descalzo y con chaleco á raíz de la piel, era una caricatura digna del lápiz de Alamilla.

Nunca ha prestado la prensa tan importantes servicios á la humanidad, como en aquella coyuntura en que puso á cubierto nuestras gorduras y flaquezas. ¿Quién duda que

Guttemberg merece las estatuas que se le han levantado?

En tan triste condición tornamos á entrar en la diligencia, donde hallamos hendido el techo y abiertos los cojines por las dagas y puñales de los bandidos. Como duchos en la materia, comprendieron ellos que ahí podrían hallar ocultos objetos de valor, como en efecto los hallaron. Solamente Elisa pudo salvar en su corsé su pudor y sus alhajas, y además, un poco de dinero de su propiedad y de la mía.

Instalados en el coche y renovada la marcha, á instancia del sacerdote se rezó un rosario con gran recogimiento. Terminado el rezo, comenzó á circular una botella de coñac de propiedad desconocida, y que se salvó no sé cómo. El viejo militar se achispó de allí á poco, y se dió á hablar sin descanso, como si hubiera querido indemnizarse de su anterior mutismo. Su lenguaje era cuartelero legítimo, y lanzaba contra los ladrones ternos capaces de hacer temblar el continente. Recuerdo una frase suya que me hace reir siempre que se me viene á las mientes:

—¡Qué bocas de condenados!—decía alu-

diendo á los bandidos.— ¡Pues qué! ¿No veían que estaban delante de señoras? ¡Mal hayan...!—y soltaba maldiciones y blasfemias más crudas que las de los mismos ladrones.

De esta manera, envueltos en papeles como quincallería fina ó fruta conservada, llegamos á Tula obra de las ocho de la noche, avergonzados y silenciosos, á modo de soldados derrotados y prófugos que hubiesen perdido la bandera.

IV.

La hora del alba sería cuando salimos de Tula para continuar el camino. La mañana estaba obscura, y dentro de la diligencia era de noche; mas á pesar de la obscuridad, luego echamos de ver que habíamos cambiado nuestras vestiduras de papel por otras menos frágiles. El vecindario del pueblo, en efecto, puso á nuestra disposición su guardarropía, la cual, no por ser de moda desconocida y de medio uso, dejó de ser para nosotros preciosa en tan críticas circuns-